

cuales me sería difícil componer un inteligible discurso... Samaniego, la fianza de Samaniego... ¿En dónde estaba Samaniego?... ¿Huido también?... Acción judicial... unas operaciones publicadas y otras no... la casa de la Ronda... Si Torres se presentaba, esperanzas de arreglo, aunque todos renunciáramos á la mitad de nuestro crédito; si no... ¡Ah! Gonzalete no podía acabar en bien... Y vuelta á la casa de la Ronda, á la fianza de Samaniego... á la honradez de Samaniego que se tenía por indudable.

Lo que sí recuerdo bien es que como yo dijera que al día siguiente vendería mis Obligaciones de Osuna, ambos me miraron, quedándose pasmados y con la boca abierta.

“¿Pero no vendió usted sus Osunas?”—gritó Medina persignándose.—Hijo mío, ahora sí que ha hecho usted un pan como unas hostias.

Volví á sentir el frío aquel por el espinazo.

—Pero usted está ido, amigo mío — observó Llorente; — permítame que se lo diga.

—Esta es la más negra — murmuró Medina, rascándose la oreja. — ¿Pero no le dije á usted...?

—Perdone usted; á mí nadie me ha dicho nada.

—Perdone usted...

—Hombre, que no.

—Dale! Se lo dije á usted el mes pasado, yendo juntos á Bolsa en mi coche. Se le volví á decir el jueves por la noche cuando me le encon-

tré en la calle del Arenal en compañía de mi suegro y su hermano Serafin. Le llamé á usted aparte y le dije: “Venda sin perder un momento las Osunas... corren malos vientos.”

En efecto, vino á mi memoria el hecho que Medina afirmaba. Me lo había dicho, sí; pero yo, completamente ido, según ellos, y con el cerebro como una jaula, de la cual se me escapaban las ideas en figura de mosquitos, no había vuelto á pensar en semejante cosa.

“¿Pero qué hay con las Osunas?... — pregunté ansioso.

—Ahí es nada; un bajón horrible.

—Ayer las ofrecían á 55, y nadie las quería.

—Mañana las darán á 30, y será lo mismo.

—¿Pero qué hay?

—Un lío de mil demonios. Que ha desaparecido de la noche á la mañana la garantía territorial. ¡Ay, Jesús, qué hombre este! Hace días se empezó á susurrar; pero hoy lo sabe todo el mundo. ¿No ha ido usted esta semana al escritorio de Trujillo?

—No.

—¿Ni al Bolsín?

—Tampoco.

—¿Ni al Circulo de la Unión Mercantil?

—Tampoco.

—Pues entonces, ¿adónde ha ido usted, hombre de Dios, y qué ha sido de su vida?

Dióme vergüenza de contestar la verdad, que

era esta: "He estado en la Casa de Fieras del Retiro, en el relevo de la guardia de Palacio y por las calles viendo subir sillares á las casas en construcción." El maldito amor habíame trastornado el seso, sembrando en mi cerebro un berengenal. Las berzas del idiotismo, no las flores de la exaltación poética, eran lo que en mi caltre nacía. Cuando me retiré de allí, deseando la soledad para entregarme á la meditación de mi desgracia, para chocar alguna idea con otra y sacar un poco de luz, María Juana salió á despedirme, y me secreteó esto, cariñosamente consternada: "Pero tú estás sorbido... ¿no te acuerdas? El viernes, cuando nos vimos, ¿sabes...? te dije que vendieras las Osunas si las tenías... Yo había oído ciertas conversaciones. ¿Es posible que no te hicieras cargo? ¿Qué grillera tienes dentro de esa cabeza?"

—No sé... déjame... creo que estoy loco.

—¿Pero no lo recuerdas?

—Sí, me acuerdo y no me acuerdo... No sé... déjame... Lo que á mí me sucede...!

Sali de aquella casa como alma que lleva el Diablo, y me metí en la mía, zambulléndome de golpe en mi soledad, lago turbio de tristeza, miedo y desesperación. Tiempo hacía que yo apenas dormía; pero aquella noche, cosa en verdad muy extraña, apenas me arrojé sobre mi cama, vestido, quedéme dormido como un borracho. Ello debió durar una hora nada más; fué

sueño estúpido, sedación repentina y enérgica de los encabritados nervios. Luego desperté como quien no había de volver á dormir en toda su vida. ¡Despierto para siempre! Tal fué la sensación de mi cerebro y mis párpados. Y era temprano; las diez apenas. Oí el piano de Camila, que sin duda tenía tertulia de parientes. ¡Oh, qué atroz envidia me inspiró aquella casa!... ¡Cuánto habría dado por poder subir, penetrar y decirles: "aquí vengo á que me queráis, á que seamos buenos amigos! Estoy arruinado, solo, triste, y necesito calor de amistad. No os haré daño alguno, no turbaré vuestra paz; seré juicioso, con tal que me dejéis sentarme en una silla á vuestro lado y miraros..." Porque me pasaba una cosa muy extraña. Desde que me entraron las chocheas, les quería á los dos, á Camila como siempre, con exaltado amor, á Constantino con no sé qué singular cariño entre amistoso y fraternal. Los dos me interesaban... Deseaba con toda mi alma hacer las paces con ellos, y arrimarme al fuego de su sencillo hogar, lo más digno de admiración que hasta entonces había visto yo en el mundo.

Lo mismo fué cesar el piano que ponerme yo á hacer la liquidación de mi fortuna, paseo arriba, paseo abajo. Al separarme de Eloisa, mis nueve millones de reales habían quedado reducidos á menos de siete. Las ganancias de Enero y Febrero me habían redondeado los siete, y un

poco más. Pero luego la quiebra de Nefas me dejaba en los seis y medio. Por fin la catástrofe de fin de Junio hacíame perder, por la mala fe de un truhán, cuatro millones de ganancia; y como yo tenía que dar, por mis diferencias, ciento cuarenta mil duros, si Torres no me pagaba, esta suma era mi pérdida efectiva. Porque yo no había de tomar las de Villadiego, como el otro, dejando á mis acreedores con un palmo de narices. La depreciación de las Osunas, que tomé al tipo de 97,50, y habían descendido de golpe á 38, acababa de anonadarme. Mi activo quedaria pronto reducido exclusivamente á la casa, los créditos de Jeréz y lo que había colocado tres meses antes en la hipoteca de mi amigo para cancelar sus ruinosos empréstitos.

Por la mañana, después de pasarme toda la noche sin pegar los ojos, mandé un recado á Severiano para que fuese á verme. No tardó en acudir á mi cita. Yo tenía un humor endemoniado, y le recibí con aspereza. Mas era él de tan buena pasta, que me soportó con paciencia. Pintéle mi situación, de la cual él alguna noticia tenía ya, y concluí conminándole de este modo: "Vas á reunir todo el dinero que puedas y á traérmelo. No te pido imposibles; no te pido que me devuelvas en tres días los ochenta mil duros que te presté sobre las *Mezquitillas*. Pero búscame y facilítame lo que puedas en esta semana. Echando mano de cuanto tengo disponible, no

me basta para saldar mi liquidación. He de pagar además dos letras de Tomás de la Calzada, que acepté el viernes, y que me vencen á los quince días. Es el dinero de las Pastoras... ¿Con que has oído? ¿Cuánto me puedes dar?,"

—Nada— replicó con lacónica serenidad, sin inmutarse.

—¡Y lo dices con esa calma! Severiano, tú tomas esto como cosa de juego. ¿No me ves con el agua al cuello?

—Á mí me llega á la coronilla—díjome con la misma pachorra, señalando lo más alto de su cabeza.

—¿No tienes quien te preste?

—¡Yo!—exclamó con el acento que se da á lo inverosímil.—¡Yo quien me preste!...

—Pues nada, como quiera que sea, tienes que buscarme dinero. Empeña la camisa.

—La tengo empeñada—replicóme con cierto estoicismo de buena sombra.

—Vamos, no bromees... mira que... Vende tus caballos.

—Los he vendido... Hace tres días que estoy saliendo en los de Villamejor.

—Pues vende las *Mezquitillas*... Véndelas. Yo necesito mi dinero.

—Estás turulato. Tratamos por cinco años.

—Es verdad; pero tú, viéndome como me ves, debes sacarme de este atolladero, poniendo en venta la finca. Villamejor te la compra.

—Pero no me da sino cuatro millones de reales y vale siete... No pienses por ahora en eso.

—Pues tú verás lo que tienes que hacer—chillé exaltándome.—Es forzoso que vengas en mi auxilio. ¿No tienes siquiera medio de reunir doce, quince, diez y ocho mil duros.

Echóse á reír. Yo estaba volado, con ganas de darle de bofetones, y echarle á puntapiés.

“Pero ven acá, perdido, ladrón—le dije cogiéndole por las solapas.—¿Qué has hecho de tu patrimonio?... ¿En qué gastas tú el dinero? ¿Es que lo tiras á puñados á la calle, ó qué haces?”

Enardecíame la sangre su estoicismo que no era estudiado sino muy natural, aquella calma filosófica y sonriente con que oía hablar de mi ruina y de la suya. Le ví sentarse, cruzar una pierna sobre otra, encender un cigarro. Y entonces se explayó y me hizo la pintura de su catástrofe y de las causas de ella, concretando y detallando los hechos con un análisis sereno y flemático que me dejó pasmado. Y la causa madre no necesitaba él declararla para que yo la supiese. Era la *señora*, aquel voraz apetito que estaba dispuesto á tragarse todas las fortunas que se le pusieran delante y á digerirlas, quedándose dispuesto para una nueva merienda. ¡Ay qué *señora* aquella! Su colección de piedras preciosas era hermosísima. Los brillantes sirviéronle de aperitivo para comerle á Severiano seis casas de Sevilla y Jerez, y su participación

en la mina *Excelsa* de Linares. Para que se vea el extremo de ignominia á que hubo de llegar mi amigo con su ceguera estúpida, su vanidad y su lascivia, diré que no sólo sostenía la casa aquella en su organización pública y regular, sino que tenía que atender á los despilfarros del marido. Cuando éste necesitaba dinero, poníase tan pesado que su mujer se veía en el caso de pedir billetes á Severiano y dárselos al otro para que fuera á gastárselos con mozas del partido en el *Cielo de Andalucía*. “¿Pero es posible—le dije clamando como si tuviera en mí la autoridad de la religión y la justicia,—que hayas sido tan imbecil...! ¿Qué hay dentro de esa cabeza, sesos ó serrín?”

—¡Y tú me predicas... tú!...—objetó echándose á reír.

—Hombre—repliqué algo desconcertado,—yo he hecho tonterías... pero no tantas...

—Has hecho más, más; y lo verás prácticamente, porque yo me he salvado y tú no.

--¿Qué quieres decir?

—Que yo, al verme en medio de la mar salada, ahogándome, he tropezado con una tabla y me he agarrado á ella, mientras que tú..

No comprendí al pronto qué tabla podía ser aquella.

“No tengas cuidado ninguno por la hipoteca de las *Mezquitillas*. Dentro de unos meses, te daré tu dinero, duro sobre duro...”

—¡Ah, pillito!... te casas con alguna rica.

Echóse á reír y me dijo:

“Es un secreto. No me hagas preguntas.

—Y la otra ¿lleva con paciencia tu esquinazo?

—¿Y qué remedio tiene?...—me dijo alzando los hombros y riéndose tanto, tanto, que yo también me reí un poco.

—La verdad es—observé con sinceridad que me salía de lo mejor del alma,—la verdad es que somos unos grandes majaderos.

—Lo somos tanto—afirmó él entusiasmándose,—que nos debían vestir con roponcito y chichonera, ponernos en la mano un sonajero y echarnos á paseo llevados de la mano por una niñera... Es lo que nos cuadra. Los bebés tienen más sentido que nosotros. Pero ¡ay! yo aprendí ya; tú eres el que no quiere abrir los ojos.

VII

Demasiado abiertos los tenía á la realidad espantable de mi ruina, para ver otra cosa que ésta no fuese. Reiteré la urgencia de que me buscara dinero, y él insistió en la imposibilidad de hacerlo, dándome algunos detalles que me lo probaron bien. La complicación de sus trampas y la menudencia de algunas de ellas era tal, que sólo el *Saca-mantecas* podía ponérsele en paran-

gón por aquel importante concepto. “Con decirte—me susurró al oído con cierta vergüenza, que estoy dando sablazos de diez duros, y que anoche me salvó de un conflicto... cáete de espaldas... te lo digo para que te partas de risa... ¿Quién creerás? Tu primo Raimundo.”

No me partí de risa; lo que hice fué ver con colores más negros mi situación.

—Bien puedes ir ahora mismo á ver á Villalonga y decirle que si no me paga esta semana los ocho mil duros que me debe, le llevo á los tribunales.

—Pues ya puedes irle llevando, porque no tiene una mota.

—Que la busque...

—Ese es otro que tal... También la *señora*...

—Más bien *las*... Ese las tiene por gruesas...

Y corrió en busca de Villalonga, el cual vino á ofrecérseme para todo aquello que no fuese dar dinero. En cuanto á buscarlo por cuenta mía, ya era otra cosa. Los tres se pusieron á mis órdenes, incapaces de servirme de otro modo por la gran crujía que estaban pasando. “¡Á pagar!,” fué mi idea fija en aquel día y los siguientes. Todos los valores que yo tenía no me bastaron, y hube de negociar unas letras á cargo de mis acreedores de Jerez. Además de lo que tenía comprometido en la quiebra de Nefas, mis arrendatarios y los compradores de mis existencias me debían aún más de treinta mil duros.

Por fin pagué, y quedéme tan ancho, la conciencia en paz, el ánimo herido de profunda aflicción. Tras ella vino un fenómeno singular, odio cordial á todos mis amigos, conocidos y parientes. Entróme como un furor antihumanitario, ganas de reñir con cuantas personas me habían rodeado en aquellos turbulentos años de Madrid. Sólo dos seres se exceptuaban de esta horrible, encarnizada animadversión. Pero los demás ¡María Santísima! qué aborrecimiento y ojeriza me inspiraban. Sólo la idea de que Eloisa ó María Juana irían á visitarme, infundíame el deseo instintivo de coger un palo y esperarlas detrás de la puerta para descargarlo encima cuando entraran. Á mi tío me le encontré en la Puerta del Sol, y echóme el brazo por el hombro. Me desasí con grosería y eché á correr diciendo: "Viejo loco, vete al Limbo y déjame en paz."

Raimundo se me presentó en casa el miércoles por la mañana, y yo mismo le puse en la calle, gritando: "Perdido, lárgate de aquí y no vuelvas más. No quiero verte, ni á ti ni á ninguno de tu pícara casta." Á Ramón encargué que si iba la señorita María Juana ó el señor de Medina, les dijera que yo no estaba en casa, ni en Madrid, ni en el mundo... ¡Y los que yo quería ver no llamaban á mi puerta ni hacían caso de mí! ¿Por ventura ignoraban mi desdicha? El jueves, al salir del Banco, ví á Constantino que

salía con un amigo del café de Santo Tomás. Miróme y le miré. Yo no llevaba el revólver; si en aquel momento se llega á mí y me acomete, me dejo pegar. Yo no tenía fuerzas ni para darle un pellizco que le pudiera doler. ¡Pero su mirada no parecía muy hostil. Miréle con sincera amistad, y con voces de mi alma le dije: "Ven acá, fiero, y estréchame la mano; ven y llévame á tu cueva, donde viven los únicos seres que respeto y admiro. Quiero arrodillarme delante de tu mujer y decirle que la adoro como se adora á los seres divinos, aunque se lo tenga que decir con permiso tuyo y para tu conocimiento y satisfacción..."

Pero el bruto no vino hacia mí. De buena gana habría yo ido hacia él. Cuando quise hacerlo, ya le había perdido de vista. Viéndome tan solo, tan aburrido, atormentado por la necesidad de encontrar calor de vida espiritual en algún sitio, me dije aquella tarde: "Suceda lo que quiera, yo subo. Si me reciben, porque me reciben; si me tiran por las escaleras abajo, porque me tiran. No puedo vivir así con este negro vacío en mi alma y este afán de que alguien me quiera."

Los dos, he de repetirlo, mujer y marido me interesaban sin saber por qué, y yo anhelaba ser amigo de entrambos, pero amigo leal... ¡Oh, no me creerían cuando esto les dijese! Y si se lo decía mucho y con esa ingenuidad elocuente

que sale del corazón, ¿por qué no me habían de creer? Lo intentaría al menos.

Subí por la tarde. El corazón me palpitaba con tanta fuerza que no tuve aliento ni para preguntar á la criada que me abrió si estaban sus amos. La criada no me entendía; repetí mi frase. Constantino salió al pasillo, y oí su voz enérgica que dijo: "Cierre usted la puerta." La puerta vino sobre mí con estrépito. ¡Ay, cómo me quedé! ¿Qué haría? ¿Volver á llamar ó retirarme? Esto era lo mejor. Di media vuelta; pero en aquel instante sentí en mi alma sacudida violenta y me entró un frenesí de no sé qué pasión, rabia, amor, envidia ó simplemente brutal apetito de destrucción. Nunca me había yo visto en semejante estado. Diéronme ganas de derribar la puerta á puñetazos y de pedir hospitalidad como la piden los bandidos, á tiros y puñaladas. La ferocidad que en mí se despertó fué sople tempestuoso que barrió de mi cerebro toda idea razonable. Me convertí en un insensato; apliqué los labios á la rejilla y me puse á dar voces: "Idiotas, ¿por qué me cerrais la puerta? Si vengo á pedir os que me querais, que me dejéis ser vuestro amigo. ¿Os he hecho algún daño? Mentira... farsantes... embusteros! Echais facha con la virtud y sois... cualquier cosa."

Y la puerta no se abría. Creí sentir cuchicheos tras la rejilla. Mi demencia, lejos de aplacarse con aquella pausa, creció tomando otro

giro. De la locura pasé á la tontería y á un enternecimiento estúpido. Ciego volví á agarrarme al llamador y debí morder la rejilla de cobre, porque me quedó después fuerte sensación de dolor en los dientes: "Camila—grité,—ábreme. Si no pretendo que seas mi querida... Déjame entrar, y tu marido y yo te adoraremos de rodillas... te pondremos en un carro, y uncidos los dos tiraremos de ti... ¡burro él, burro yo! Querredme ó me mato; querredme los dos..."

Y nada, no abrían ni contestaban. Di otra vez la media vuelta notando en mí amagos de serenidad. Ví un poco la tontería que estaba haciendo. Noté en mi cara humedad tibia, y llevándome á ella la mano, me la mojé. La humedad, brotando de mis ojos, bajaba hasta mis labios, donde la pude gustar. Era salada. El corazón se me quería partir al mismo tiempo que empecé á sentir vergüenza de lo que estaba haciendo... ¡Oh, Dios mío! Creí escuchar carcajadas de Camila tras de la puerta, y también las risas del bruto...

Comencé á bajar; pero cuando iba por la segunda curva de la escalera, creí que ésta se enroscaba en torno mío; eché las manos adelante; el barandal se me fué de las manos, el escalón de los pies, y ¡brum!... me desplomé. Lo último que sentí fué el estremecimiento de toda la espiral de la escalera bajo mi peso... Perdí toda noción de vida.